

Vidas rotas

Historia de los hombres, mujeres y niños víctimas de ETA

ROGELIO ALONSO, FLORENCIO DOMÍNGUEZ,
MARCOS GARCÍA REY

Prólogo de Fernando García de Cortázar

Espasa Libros, S.L.U. Madrid, 2010. 1.310 páginas.

Muchos libros y publicaciones, incluso algunas películas y documentales, han abordado el terrorismo etarra desde el punto de vista de las víctimas. Sin embargo, nunca antes se había emprendido el colosal esfuerzo de reunir en un único volumen un relato global y minucioso, pero sobre todo humano, que abarcara desde la primera hasta el último de los asesinados por ETA en la fecha de la edición del libro¹. Esta extraordinaria obra recuerda las historias personales de todas las personas asesinadas por los terroristas de ETA.

Y conviene decir cuanto antes que el concienzudo trabajo que han realizado los autores merece –y mucho– la pena, pues constituye en sí mismo un merecidísimo homenaje a todas las víctimas del terrorismo etarra, tanto las que fallecieron, como las que resultaron heridas, como aquellas otras que milagrosamente escaparon indemnes al fanatismo de la rama más radical del nacionalismo vasco.

Esta admirable investigación, llevada a cabo durante seis años por Rogelio Alonso, Florencio Domínguez y Marcos García Rey, es un testimonio vivo de cada una de las víctimas, de las circunstancias personales que rodearon sus

muerres, del dolor de sus familiares. Así, el relato, de una acabada factura periodística, incorpora abundancia de datos biográficos de cada uno de los hombres, mujeres y niños asesinados, y revela las identidades y condenas impuestas a los etarras juzgados por cada crimen.

La lectura de cualquiera de sus páginas produce a toda persona biennacida una terrible mezcla de sentimientos. Desde el dolor por el sufrimiento de las otras víctimas –las familias de los asesinados–, hasta la rabia contenida por la magnanimidad judicial con que el Estado español ha tratado a muchos criminales etarras, en aras de una malentendida convivencia pacífica con el nacionalismo vasco. Desde el horror por el inútil derramamiento de la sangre inocente de cada asesinado, hasta la certeza de que una parte de la sociedad española o está enferma o ha sido inoculada por el peor de los virus sociales: el vergonzante olvido para con las víctimas. O el convencimiento de que el precio pagado, política y socialmente, ha sido mucho más alto del que podamos imaginar.

Pero *Vidas rotas* es mucho más que el triste punto final en la vida de 857 hombres, muje-

¹ Enero de 2010. El pasado 16 de marzo un gendarme francés fue asesinado por ETA, lo que suma una cifra más a la trágica de 857 vidas rotas que recoge el volumen.

res y niños. Es, ante todo, un descarnado grito de silencio de todas sus enmudecidas gargantas que, gracias a esta impagable labor periodística y de investigación, han recobrado todas sus calladas voces para reivindicar de una vez por todas que cada víctima del terrorismo debe vivir, ya para siempre, en el consciente colectivo de la sociedad española. Esa misma sociedad adormilada con el canto de sirenas de la memoria histórica que pierde sin embargo las distancias cuando se trata de recordar los más de cincuenta años del chantaje mafioso etarra a una nación entera.

Por ello, *Vidas rotas* constituye además un alegato permanente por la defensa de la dignidad de cada uno de los asesinados, y una firme declaración de principios en contra de ninguna vergonzante negociación pasada, presente o futura por parte del Estado con la criminal banda terrorista. Esta obra debería convertirse, para todos los que defendemos la vida y la libertad como los valores fundamentales del ser humano, en una referencia imborrable para enfrentarnos a la quebradiza memoria de cierta progresía intelectual, siempre proclive al compromiso rastreo con los violentos. Sólo tras ese amplio reconocimiento el sacrificio vital de los héroes de nuestra democracia tendrá un porqué y cobrará el más alto de los significados.

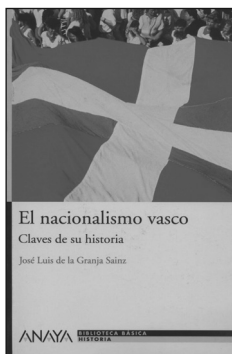
Y es que la capacidad de recordar aquello que incomoda o duele ha sido a veces demasiado frágil en nuestra sociedad española. Pareciera que a una parte de ésta le hubiera fallado la memoria reciente, aquella que reside en el hipocampo, como si el disco duro cerebral lo tuviera repleto y fuera necesario formatearlo para almacenar de nuevo racionalidad. Lamentablemente, algunas mentes acomodaticias han asimilado con demasiada facilidad la estulticia teledirigida. Como señala Fernando García de Cortázar en su magnífico prólogo a la obra: "Ningún otro lugar de Eu-

ropa [...] ha estado dispuesto a sumar a las acciones criminales la infamia de un discurso de justificación, que convierte a los asesinos en la encarnación de una Causa".

Otro de los aspectos relevantes de *Vidas rotas* es el exhaustivo despliegue de datos estadísticos sobre los asesinatos de ETA entre 1960 y 2009. Así, el volumen incluye un utilísimo anexo con tablas, mapas y gráficos con datos tales como el número de asesinatos por año, la distribución geográfica de los mismos, el origen territorial de las víctimas, los atentados con mayor número de víctimas, la distribución de muertes por ciudades, provincias o comarcas del País Vasco, la condición de las víctimas (civil, militar, policía...), la profesión y afiliación de los civiles asesinados, los métodos empleados para su muerte, etcétera. Mediante esta detallada síntesis estadística el lector accede los patrones de victimización de ETA, descubre cuáles son las tácticas de selección de sus víctimas, y actualiza el catálogo de derechos humanos conculcados, así como el profundo daño que el terrorismo etarra ha infligido al tejido sociopolítico del País Vasco y del resto de España.

En resumen, Rogelio Alonso, Florencio Domínguez y Marcos García Rey han escrito en *Vidas rotas* un relato diacrónico, documentado y periodístico, que reivindica la memoria y la dignidad de todas y cada una de las víctimas al tiempo que refleja la evolución sociopolítica de la sociedad española, cuyas estructuras políticas y democráticas han debido superar el despreciable intento de ETA para imponer mediante la violencia y el crimen sus objetivos políticos. Como también lo señala el historiador García de Cortázar: "Defender a las víctimas del terrorismo es, en España, defender a las víctimas de una idea de la civilización y de una idea de la nación".

JOSÉ MANUEL DE TORRES



El nacionalismo vasco Claves de su historia

JOSÉ LUIS DE LA GRANJA SAINZ

Editorial Anaya. Biblioteca Básica. Historia, Madrid, 2009,
142 páginas.

Nos encontramos con una obra estructurada en cinco capítulos que cuenta, a su vez, con un prólogo del propio autor y una serie de anexos documentales de gran interés que incluyen gráficos, una cronología y abundante bibliografía. Esto permite que el lector se ubique (espacial, temporal y geográficamente) en todo momento y pueda profundizar en algunos de los aspectos o nombres a los que José Luis de la Granja alude a lo largo de su exposición, en la cual el protagonismo recae sobre el PNV pero sin dejar de lado a otras formaciones que han representado el sentir nacionalista vasco: desde ANV a Eusko Alkartasuna, sin olvidarse del binomio ETA-HB, protagonista en las páginas finales.

Su lectura es fácil y rápida, entre otras razones porque opta por seguir un orden cronológico, haciendo que nos familiaricemos con el objeto de estudio conforme discurren las páginas. Igualmente, otro hecho que facilita su comprensión es la proliferación ordenada de aquellos nombres propios que han tenido un rol destacado en la historia del nacionalismo vasco. En este sentido, De la Granja emplea una táctica muy acertada consistente en la realización de acotaciones en los márgenes donde resume la biografía de quien considera pertinente.

El propio autor reconoce en el prólogo que este formato por el que apostó la editorial fue la razón fundamental por la que se decidió a escribir la obra. No es la primera vez que afronta el estudio y análisis del nacionalismo vasco, más bien podemos decir que es una de las voces académicas más autorizadas y así lo corroboran obras como *El nacionalismo vasco: un siglo de historia* o *Historia del País Vasco y Navarra en el siglo xx*.

En la primera parte ofrece una ingente cantidad de nombres propios vinculados al origen y primeros desarrollos del nacionalismo vasco que son menos conocidos para la opinión pública, como Eduardo Landera, Francisco Ullacia, Nicolás Viar, Evangelista de Ibero, Santiago Meabe... No se trata de una simple lista sino que De la Granja nos da algunas características más particularizadas de su ideología (por ejemplo, el anti-españolismo de Meabe) y los ubica bien en la corriente arnista-integrista bien en la sotista (más pragmática y partidaria de la autonomía). Se trata, en definitiva, de ilustrar con nombres y apellidos las dos grandes tendencias que han coexistido a lo largo de la historia del PNV.

Explicadas sus motivaciones personales, el primer capítulo de la obra ("Orígenes: Sabino Arana, 1876-1903"), está dedicado a la figura

y pensamiento de Sabino Arana, como no podría ser de otro modo. Contradicciones, ambigüedades y radicalismo caracterizan sus tesis políticas (algo que, como veremos, trasladó al propio discursar del nacionalismo vasco, al PNV). Su proyecto (político) no buscaba única y exclusivamente la creación de un Estado propio sino que era mucho más trascendente. En efecto, la creación de ese hipotético Estado vasco tenía otra finalidad mayor: era una herramienta al servicio de la salvación (de los vascos).

De la misma manera, ya en estas primeras fases de vida del PNV se aprecian bien a las claras las dos corrientes que históricamente van a coexistir en su seno (muchas veces de forma poco amistosa): la que apuesta por la autonomía y la que persigue la independencia. Es aquí donde la aludida ambigüedad de Arana cobra todo su sentido, en concreto su “evolución españolista” (expresión que exige ser entrecomillada), personificada en el final de su vida política/personal.

Mucho se ha escrito sobre este giro ideológico y como nos advierte el autor, no siempre de modo acertado. Para De la Granja, quien mejor analiza este hecho es Javier Corcuera, quien cree que “fue la culminación de la evolución moderada iniciada por Arana en 1898, tratando de resolver la dicotomía existente en el PNV desde esa fecha entre una praxis autonomista y una ideología independentista, y fue el resultado del creciente poder de los euskalerrriacos de Sota dentro del partido. La ‘política españolista’ suponía volver a la política del fuerismo prenatalista” (p. 27).

Por eso, debemos destacar que De la Granja no cae en lo fácil, esto es, en hacer pronósticos, conjeturas, hipótesis o argumentaciones sin fundamento sobre qué hubiera pasado de no fallecer tan joven Sabino Arana (38 años, 1903). Más bien al contrario, es contundente y cierra el camino a toda especulación: a quien Arana nombra sucesor es a Ángel Zabala, furibundo

defensor las tesis más radicales, integristas y anti-evolucionistas, frente a los puntos de vista más pragmáticos y autonomistas encarnados por los seguidores de Ramón de la Sota.

Independentismo *versus* autonomismo: aquí tenemos la gran dualidad que ha perseguido al PNV a lo largo de su historia, lo que ha provocado que los momentos de efervescencia política, esto es, de amplias mayorías parlamentarias, hayan sido seguidos por otros de luchas intestinas. Al respecto, no debemos olvidar un dato: desde 1986, el PNV no ha gobernado en solitario Euskadi sino que ha precisado de coaliciones de distinto color. Socios suyos fueron el PSE o Eusko Alkartasuna (escisión del PNV). Sin embargo, lo que sí ha logrado es otorgarse la etiqueta de representante del verdadero sentir nacionalista vasco, lo que se traducía en que él y solamente él era el interlocutor válido de Euskadi.

Esta idea queda muy bien ilustrada por una cita de Arzalluz a la que recurre el autor: “es cierto que ha existido entre nosotros una tendencia a considerar que Euskadi es un patrimonio nacionalista, y a equiparar el concepto de vasco con el de nacionalista” (p.102). Una de las grandes razones de que así haya sido se remonta a los orígenes del propio nacionalismo vasco, del propio PNV: la prensa o las organizaciones sociales sirvieron para extender su ideología entre la sociedad, creando una sofisticada red de entramados e interrelaciones. En este sentido, (el nacionalismo vasco) ha sido un prolijo creador de periódicos, tanto en Euskadi como durante la etapa del exilio.

Junto a este factor, otro elemento que ha servido para garantizar su éxito es una buena dosis de ambigüedad intencionada, fenómeno éste que lo encontramos ya presente a comienzos del siglo xx con la solución de compromiso entre los seguidores de Ángel Zabala-Luis Arana y los de Ramón de la Sota en la resolución de la Asamblea de Bilbao de

1906, que De la Granja explica así: “su breve contenido compendia la doctrina de Arana en la religión católica, la pureza de raza y la difusión del euskera, y acordaba que la meta del PNV era la restauración foral mediante la derogación de la ley de 1839. Esta fórmula tuvo éxito, pues permitió legalizar el partido y facilitó la convivencia entre moderados y radicales, que podrían interpretarla como sinónimo de autonomía o de independencia. De aquí arranca la ambigüedad del PNV sobre su meta final, una de sus señas de identidad más conspicuas durante el siglo xx” (p. 35).

Un buen ejemplo de esta fórmula de compromiso la vemos cuando llegó la II República: “ideológicamente el PNV conservó la doctrina de Arana y no aprobó ningún programa nuevo, si bien en la práctica atenuó los elementos más reaccionarios del aranismo (racismo y clericalismo) y se preocupó más por la cuestión social al asumir postulados socialcristianos” (p. 56).

Otra de las fases de su historia donde la ambigüedad se convirtió en la nota predominante fue durante la II República (especialmente en los primeros años de vida de ésta) ya que en un principio apostó por la neutralidad (lo que valió numerosas críticas del resto de formaciones políticas). Finalmente, cuando estalló la Guerra Civil, apostó por el bando republicano, pero no por “amor” a la República, sino en defensa de la autonomía y semiindependencia lograda, como el propio Manuel Azaña ya vaticinó (p. 72), puesto que “durante la Guerra Civil nació y pereció Euskadi como un pequeño y efímero Estado. La paradoja fue que la aplicación de un Estatuto de mínimos, como era el de 1936, por parte del Gobierno de Aguirre, dio lugar a una autonomía de máximos en Vizcaya” (p. 71), sentencia De la Granja quien, a su vez, define esta situación como paradójica.

El exilio fue la siguiente etapa y ya con una figura clara: el lehendakari José Antonio Agui-

rre. Durante estos años, el PNV monopolizó “el sentimiento vasco”, tendiendo a presentarse como la única formación legitimada para gobernar Euskadi. Asimismo, dos fenómenos comienzan a tomar cuerpo y forma: por un lado, la modernización del partido (apuesta por la integración europea y por la democracia cristiana, con Javier Landáburu como gran exponente) unida a errores de cálculo (el proamericanismo de Aguirre no se tradujo en una oposición visceral de Estados Unidos al régimen de Franco) y por otro lado, la aparición de ETA en 1959.

Este segundo hecho, que aún en 2010 sigue vigente, también servirá para explicarnos cómo la ambigüedad (interesada) es la característica principal de su *modus operandi*, pues a los momentos de distanciamiento y oposición hacia la organización terrorista se unen otros de acercamiento. La dialéctica Irujo *versus* Monzón ya mostró esta tesis desde el primer momento (p. 94).

Con todo ello, no podemos decir que el PNV sea un partido obstinado en el sentido de que no aprenda de sus errores del pasado. En efecto, como bien explica De la Granja, en la Transición llevó a cabo un cambio de estrategia que se tradujo en una participación activa en política y se ejemplificó en la llegada de nuevos cuadros dirigentes (especialmente el binomio Javier Arzalluz y Carlos Garaicoechea), al mismo tiempo que parecía romper con el aranismo, pues se declaró, entre otras cosas, un partido aconfesional, de masas y que buscaba “la consecución de un Estado Vasco autónomico” (p. 99).

El resultado de esta evolución fue espectacular: dominio de la vida política vasca en el periodo 1980-1984, poniendo en marcha el Estatuto de Guernica. A partir de ese momento, las luchas fratricidas, con nombre propio, lo caracterizarán. Las divisiones (José María Macua *versus* Carlos Garaicoechea, por ejemplo) y las

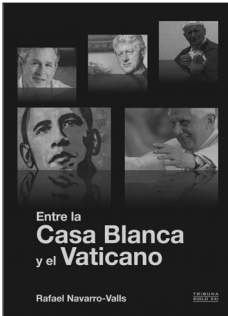
escisiones (creación de Eusko Alkartasuna) se suceden. Aun con ello, el PNV sigue gobernando Euskadi... pero radicalizando su discurso, pues otros actores políticos como los socialistas (primero) y el PP (después) recuperaron terreno en la Comunidad Autónoma Vasca.

El resultado es que la verborrea peneuvista elevará su tono y del lenguaje conciliador del lehendakari José Antonio Ardanza (adalid del Pacto de Ajuria Enea) se pasará a la denominada "vía Ollora", esto es, a la defensa de la autodeterminación como medida para poner fin a la violencia (de ETA), forma pedante y retórica bajo la que se justificaba el acercamiento a HB. Lejos, muy lejos, quedaban las palabras del mencionado Ardanza en 1992: "el conflicto que está en la base de la violencia no consiste en un contencioso no resuelto entre el Pueblo vasco y el Estado español, sino en que una minoría de vascos se niega a aceptar la voluntad de la mayoría y emplea

para imponer la suya el instrumento de 'la lucha armada'. El conflicto es, por tanto, un conflicto entre vascos" (p. 108).

Los años finales del siglo xx conocieron la deriva soberanista del PNV con ejemplos paradigmáticos como la Declaración de Barcelona o sobre todo, el Pacto de Estella, que llevan a De la Granja a sentenciar que "pocas veces en su larga historia la dirección del PNV había dado un giro político tan radical" (p. 111). El Plan Ibarreche no fue más que el fruto de esas semillas plantadas con la ayuda del entramado de ETA, quien a su vez, también radicalizó su estrategia en esa (fatídica) década de los noventa: la "ponencia Oldartzen", cuyo objetivo era la socialización del terror, fue su gran exponente. Gregorio Ordóñez, Tomás y Valiente o Fernando Buesa, las víctimas inmediatas, que no únicas, que se cobró.

ALFREDO CRESPO ALCÁZAR



Entre la Casa Blanca y el Vaticano

RAFAEL NAVARRO-VALLS

Ediciones Internacionales Universitarias, Madrid, 2009, 356 págs.

Recientemente, acabé una antología de artículos de Julio Camba, una nueva edición de *Haciendo de República* (1934), y ampliada con una cuarentena de columnas más publicadas entre 1936 y 1940. Pese a que han transcurrido más de setenta años, los artículos de Camba mantienen la frescura que tenían cuando se imprimieron, en contraste con el régimen republicano, cuyos gerifaltes ya enton-

ces daban la impresión de haberse puesto los chaqués y las chisteras más viejos que habían encontrado en los armarios del Palacio Real. Ésa es la gran dificultad de cualquier libro, tanto más un libro formado por artículos de periódico: sobrevivir al tiempo.

Salvando las distancias entre unas columnas de opinión y unas tribunas de análisis, el libro

de Rafael Navarro-Valls también ha vencido al calendario. Prácticamente todos los textos que aquí se recogen se han publicado antes en el diario *El Mundo* y con motivo de acontecimientos ya olvidados en la memoria colectiva, como la campaña de las elecciones presidenciales de Estados Unidos de 2008 y el cónclave del que salió el sucesor del papa Juan Pablo II. El mejor elogio que puedo hacer de *Entre la Casa Blanca y el Vaticano* es que me ha permitido aprender cosas cuyo valor no se va a perder.

El título responde al deseo del autor de subrayar la importancia en nuestro mundo del presidente de Estados Unidos como principal líder político y del papa como representante indiscutido de lo espiritual. A describir a ambos, así como sus poderes y sus límites, dedica Navarro-Valls dos tercios de su libro. El libro se divide en cuatro partes. La primera y más larga analiza la política de Estados Unidos y la última campaña presidencial, con 150 páginas; la segunda, al Vaticano (elección del papa, los primeros viajes de Benedicto XVI y sus primeras medidas), que ocupa casi 80 páginas; las dos últimas se dedican a asuntos de creciente importancia en España: las relaciones entre el derecho y la libertad individual frente a las nuevas modificaciones legales (matrimonio homosexual, eutanasia, Educación para la Ciudadanía, etcétera), y la política laicista, a las que el autor dedica 80 y 40 páginas respectivamente.

El primer apartado se abre con la explicación por parte de Rafael Navarro-Valls de un hecho que los progres del mundo consideraban poco menos que una aberración: la reelección de George Bush. La causa fue la creciente importancia de los valores morales para la ciudadanía y que viene de hace varios años (en las elecciones de 2000, Al Gore se presentaba como "cristiano, protestante y baptista"). La conclusión es que un programa económico no es ya la vía para ganar unas elecciones. El autor incluye un cambio de opinión que luego ha sido confirmado por nuevas

encuestas: el aborto ha perdido la condición de hecho aceptado mayoritariamente por los norteamericanos (pág. 113).

Entre otros asuntos, el autor se ocupa del papel del Tribunal Supremo y de la creciente influencia del catolicismo en la vida del país. Así, la mayoría de los jueces del Supremo y de los candidatos presidenciales en 2008 eran católicos, aunque otra cosa es cómo interpretan su fe. La pluralidad en Estados Unidos no consiste únicamente en que haya un presidente negro, sino en la aceptación del catolicismo; ya parecen clausurados los odios que se encrespaban cuando Al Smith, gobernador de Nueva York y católico, compitió en 1928 como candidato demócrata por la presidencia; hasta el Ku Klux Klan (cuyos miembros solían votar al partido demócrata, por cierto) intervino contra él. El vicepresidente del país y la presidenta de la Cámara de Representantes, Nancy Pelosi, se presentan como católicos, aunque dadas sus posturas favorables al aborto la jerarquía de la Iglesia les ha hecho reproches en público. Compárese esta normalidad con la hostilidad del Gobierno socialista español con los católicos.

Las crónicas dedicadas a la larguísima campaña para las presidenciales (el autor afirma que ha durado casi dos años y ha movido 2.500 millones de dólares) reconstruyen el fracaso de Hillary Clinton. Aunque conocemos el resultado, su lectura sirve de lección contra la vanidad humana. Clinton se creía presidenta antes de empezar las primarias y en cada estado el novato Obama se le acercaba a ella hasta que la superó y obtuvo la nominación. Ahora, la presidenta consorte trabaja a las órdenes del recién llegado. La victoria de Obama, señala Navarro-Valls, se debió a dos motivos: la crisis económica y el apoyo descartado de los medios de comunicación y de Hollywood. "Nadie puede superar los dos pesos y medidas que han utilizado los media americanos: implacables con John McCain,

despiadados con Sarah Pallin, comprensivos con Obama (...) y benévolo con las pifias verbales de Biden” (pág. 101).

El autor abre el capítulo dedicado al Vaticano con un artículo largo dedicado a la evolución de los cónclaves. En él aparece un dato llamativo: el concepto de mayorías cualificadas o especiales para elegir a los papas fue una novedad del derecho canónico, desconocida en el derecho romano, que luego aceptó el derecho constitucional.

Navarro-Valls conoció personalmente a Juan Pablo II, por quien muestra un gran cariño. A su sucesor, Benedicto XVI, lo define como “uno de los cuatro o cinco primeros intelectuales del mundo actual” (pág. 182). Su desafío “radica ahora en pasar de la ‘dimensión diagnóstica’ a la ‘dimensión operativa y terapéutica’”: recuperar los principios morales y reagrupar el rebaño católico. Lejos de ser un papa de escritorio, Benedicto sorprendió con varios viajes en sus primeros años de pontificado (Alemania, Turquía, Estados Unidos, Francia, Australia...). De todos ellos, así como de sus objetivos, da cuenta el autor. Al lector español le impresionará conocer la enormidad del prestigio papal si sólo se informa por la prensa española. Así, por ejemplo, un grupo de ONG feministas subvencionadas por el Gobierno socialista español ha hecho el ridículo de pedir a la ONU este mes de marzo que retire al Vaticano el estatus de Estado observador, cuando en julio de 2004 la Asamblea General amplió por unanimidad el papel de la Santa Sede en el organismo (pág. 196).

Los últimos artículos del libro se dedican a asuntos de gran importancia, por su efecto en la sociedad: familia, matrimonio homosexual, objeción de conciencia, educación, “memoria histórica”... En ellos el autor destaca el peso de algunos círculos de pensamiento practicantes de la antinomia: “Un riguroso análisis sociológico de J. Q. Wilson ha concluido que

medios de comunicación o publicaciones especializadas donde ven la luz los trabajos de cierta ‘intelligentsia’ adelantan modelos familiares en los que la mayoría de los ciudadanos no se reconocen o consideran residuales. Ocurre así que lo ‘anómalo’ comienza artificialmente a ser asimilado como ‘natural’, creándose una atmósfera opresiva que oscurece poco a poco la razón” (págs. 215 y 216).

Por desgracia, España aparece como una anomalía cultural y política. Mientras en otros países la sociedad debate el papel de la religión en el espacio público y los llamados nuevos modelos de familia sin que los centinelas de la corrección política empleen el garrote de ‘facha’ para aplastar a sus rivales, “España está sumergida en guerrillas ideológicas que hacen la delicia de los corresponsales extranjeros” (pág. 329). En otra página enuncia la explicación de la historia del mundo de curso entre algunos socialistas y creadores de opinión: “Sesenta generaciones han vivido en la noche de la ignorancia hasta que comenzó a clarear gracias a Voltaire y Rousseau, fue saliendo el sol gracias a Marcuse, Morgan y Freud, y definitivamente ha amanecido en España con Zapatero y Zerolo” (pág. 214).

En esta guerra cultural que se está librando en todo Occidente, estremece el recuerdo de las consecuencias del anticatolicismo de parte de la clase dirigente española, que a veces se presenta sólo como anticlericalismo, que proviene del siglo XIX y estalla en los años del siglo XX, con la persecución y el exterminio del clero y los fieles, cuyas cifras de muertos vuelve a dar el autor (págs. 347 y ss). Mientras Howard Dean, candidato a la nominación vencido y actual presidente del Partido Demócrata, acallaba las denuncias sobre su izquierdismo aumentando su asistencia a su iglesia, su equivalente en España, José Blanco, vituperaba las “posiciones casposas” de los obispos (pág. 330) sobre las leyes promovidas por el PSOE. Lo malo es que en España un sector considerable de la socie-

dad aprueba estas soflamas como en los estadios de fútbol las faltas de los defensas del equipo propio a los delanteros del contrario, el mismo sector que para conseguir el triunfo no duda en jalearse un Estado que elimina el último reducto de la libertad personal: la objeción de conciencia. La cuarentena de páginas que sobre este asunto ha escrito Navarro-Valls merecen especial atención. Entre los grandes objetos de conciencia el autor coloca no sólo a Tomás Moro, canonizado por la Iglesia, sino, además, al general De Gaulle, que en 1940

desobedeció unas órdenes militares y políticas injustas y fue calificado de rebelde por sus superiores quienes, al paso de los años, acabaron juzgados como traidores (pág. 168).

Al final, descubrimos que hay un elemento que atraviesa todas las partes del libro: la religiosidad del ser humano y por tanto de sus ámbitos de actividad social, como el poder, la justicia y el derecho.

PEDRO FERNÁNDEZ BARBADILLO



¿Historia o memoria?

El Tercer Reich y los judíos (1933-1939) Los años de persecución

SAUL FRIEDLÄNDER

Traducción de Ana Herrera

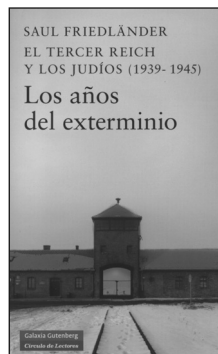
Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Barcelona 2009, 609 páginas

El Tercer Reich y los judíos (1939-1945) Los años del exterminio

SAUL FRIEDLÄNDER

Traducción de Ana Herrera

Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Barcelona 2009, 1.136 páginas



Toda una vida dedicada a la investigación histórica sobre la Shoah y Saul Friedländer (Praga, 1932), catedrático de Historia Moderna Europea de la Universidad de Tel Aviv y profesor de historia en UCLA, todavía considera que la

cuestión histórica significativa e inevitable sigue vigente: el nexo entre Adolf Hitler, el partido y la sociedad alemana, o lo que es lo mismo, por qué decenas de millones de alemanes siguieron ciegamente al Führer hasta el fin, y no

pocos incluso después del final. Piensa que no basta con hurgar en la mente de Adolf Hitler ni en sus obsesiones homicidas, patológicas o no, ni con el análisis de la propaganda nazi y los innovadores métodos de movilización de unas masas que ansiaban orden, autoridad, grandeza y la salvación, ni con el estudio de las políticas, decisiones y medidas alemanas que condujeron al exterminio de millones de judíos.

La historia del Holocausto debe contemplar también las reacciones y actitudes de las víctimas. Porque, como subraya en la Introducción del segundo volumen, “en la Europa ocupada, la ejecución de las medidas alemanas dependía, en cada etapa, de la sumisión de las autoridades políticas, la ayuda de las fuerzas policiales locales o de otros auxiliares, y la pasividad o el apoyo de las poblaciones y, sobre todo, de las élites políticas y espirituales. También dependía de la disposición de las víctimas a acatar órdenes con la esperanza de paliar las restricciones alemanas o ganar tiempo, y de alguna manera escapar al progresivo aumento en la presión de la tenaza alemana”.

Saul Friedländer se sitúa así entre las dos corrientes en torno a las que se ha aglutinado la historiografía del Holocausto: la intencionalista, que piensa que el genocidio ya estaba presente en el programa de Hitler de 1919-1920 y la funcionalista, que cuestiona la idea de que la evolución del Tercer Reich “fuera el resultado de la aplicación de un plan preestablecido, enunciado en *Mein Kampf* y minuciosamente preparado durante el “periodo de lucha” previo a la toma de poder en 1933”. Pone mucho énfasis en el papel de Hitler, pero no se considera intencionalista; por otra parte, en el momento de la redacción de *El Tercer Reich y los judíos* acepta algunos de los supuestos del funcionalista Martin Broszat que antes había criticado, en concreto, la aceptación de los ejemplos de la vida cotidiana que, en tanto documentos de memoria,

le sirven para comprender la historia como narración integrada de destinos individuales.

Metodológicamente el profesor de la UCLA se distancia de otro reconocido historiador del Holocausto, Raul Hilberg (1926-2007) que, en su monumental obra *La destrucción de los judíos europeos*, describió la máquina de destrucción nazi y siempre defendió la necesidad de que el historiador reprima los sentimientos para confrontarse claramente con los hechos. Saul Friedländer, obligado a emigrar a Francia tras la ocupación de Praga y cuyos padres fueron deportados y exterminados en Auschwitz, no sólo no comparte “el escepticismo de Raul Hilberg sobre los diarios como fuente válida de nuestra comprensión de los acontecimientos”, como afirma en la nota 12 del segundo volumen, sino que se sustenta en ellos. Sabe que existe un alto grado de implicación emocional (tanto de los historiadores alemanes como de los judíos) en la representación histórica de este pasado, pero hace de la necesidad virtud y afirma que es precisamente la implicación lo que “permite comprender algunos factores que de otro modo resultarían inaccesibles”. Entre la historia y la memoria, entre la investigación desapasionada del pasado y la interpretación del pasado como parte de un *background* colectivo e individual, Saul Friedländer quiere situarse en el filo de la navaja que separa las ciencias sociales de la literatura.

Se sirve de todo tipo de documentos: discursos de Hitler, proclamas de partido y de organizaciones, intervenciones públicas del Führer, cartas, edictos, decretos, referencias literarias y declaraciones de autores tan significativos como Thomas Mann, Werfel o Stefan Zweig. Pero, sobre todo, de diarios de las víctimas, sobrevivientes o no, anónimas, en el sentido de no haber representado ningún papel público, y no tanto, como Etty Hillesum, que formó parte del Consejo Judío de Ámsterdam, o Emanuel Ringelblum quien, en tanto que

historiador consciente de la importancia del momento y de la necesidad de informar a las generaciones futuras, realizó una ingente tarea de documentación del gueto de Varsovia. Tiene muy presente el estado de la cuestión en la investigación académica y acude a fuentes primarias, secundarias y hasta tesis doctorales sin publicar. La documentación es exhaustiva, a pesar de que el historiador se queja de no haber podido acceder a los archivos del Vaticano, todavía sellados, para documentarse sobre el papel de la Iglesia en las distintas etapas del Holocausto. Y sin embargo, es necesario considerar los límites de la representatividad de los diarios utilizados puesto que, como argumenta Raul Hilberg, la mayoría de las víctimas murió sin haber dejado testimonio de la experiencia.

La cronología de *El Tercer Reich y los judíos* se organiza en dos partes: los años correspondientes a la persecución (1933-1945) en la Alemania nacionalsocialista y los años del exterminio (1939-1945) en Alemania y en todos aquellos países nazificados, desde Austria hasta Francia, Checoslovaquia o Hungría. Empieza en una Alemania que tiene su punto de inflexión en las leyes de Núremberg, que proclaman la esvástica como bandera nacional, la distinción entre “ciudadanos del Reich” (sólo de sangre alemana y dotados de todos los derechos políticos y cívicos) y “súbditos” (privados de derechos), y que en nombre de la sangre y el honor alemanes prohibía los matrimonios y relaciones extramatrimoniales entre judíos y ciudadanos alemanes o de sangre análoga. Y se expande con la anexión de Austria (*Anschluss*), en marzo de 1938, y los pogromos de la Noche de los cristales rotos (*Kristallnacht*) del 9 al 10 de noviembre del mismo año. El segundo volumen, dividido en periodos de meses que dan prioridad a la sincronía en detrimento de los espacios culturales, constituye el recuento de cómo interactuaron las políticas nazis con las políticas particulares de los países invadidos,

desde Polonia hasta Francia, pasando por Ucrania, Bulgaria o Eslovaquia.

Aunque no se considera intencionalista, Saul Friedländer sabe que la actuación de Hitler no fue improvisada y que su universo ideológico comulgaba bien con el de la sociedad alemana y europea. Las líneas maestras de su actuación estaban anunciadas en el programa de 1920, pero el Führer actuó de forma tácticamente moderada. Arremetiendo primero contra el mundo de la cultura, que representaba el “espíritu judío”, y después contra los juristas judíos, pero sin tocar demasiado a los médicos judíos, un once por ciento del total de médicos alemanes, para que la sociedad no se sintiera “desprotegida” y reaccionara en consecuencia. Dejó para el último momento el acoso financiero, para no recibir quejas del extranjero y para no desestabilizar todavía más la situación económica.

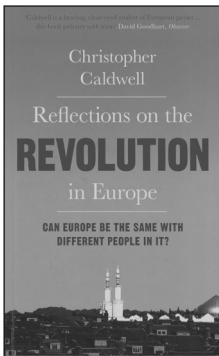
Representantes religiosos protestantes y católicos, profesionales liberales y profesores de universidad, elites y sociedad en general, salvo en contadas ocasiones, como en el caso de Max Planck que solicitó al Führer la readmisión de Fritz Haber, si no fueron entusiastas (como Heidegger), consintieron o callaron. En Alemania, pero también en la Francia ocupada y en la católica Polonia. El mundo judío no reaccionó debidamente, por incapacidad de predecir el final de las medidas políticas, por esperar a que escamparan los malos tiempos, por miedo, y más tarde, por incapacidad e impotencia de los Consejos Judíos.

La documentada obra de Saul Friedländer no constituye una mera descripción de hechos históricos ni una exhumación de testimonios. Su interés fundamental es comprender el factor sociocultural, el humus ideológico, el nexo indirecto entre los tres componentes de la historia del Holocausto: la Alemania nacionalsocialista, el mundo europeo de alrededor y las comunidades judías desperdigadas a lo largo

de todo el continente. Y expone como interpretación posible el antisemitismo redentor, punto de encuentro entre “la cristiandad [por no haber reconocido los judíos la divinidad de Cristo] alemana, el neorromanticismo, el culto místico a la sagrada sangre aria y el nacionalismo ultraconservador, es decir, el Círculo de Bayreuth”. Se trata de un antisemitismo que tenía como aspecto dominante la lucha contra los judíos y que cristalizó en el nazismo, una “religión política que exigía el compromiso total que se debía a una fe religiosa”. En el seno de una sociedad todavía abierta a incentivos religiosos o pseudoreligiosos.

Entre los logros de *El Tercer Reich y los judíos* destacaría la visión global de la historia del Holocausto y la exposición de los testimonios de las víctimas judías, así como su organización cronológica, gracias a la cual el lector tiene la posibilidad de saber qué estaba ocurriendo en las distintas partes del continente en un momento dado. Entre las carencias, la falta de documentación testimonial sobre lo que estaba ocurriendo mentalmente entre quienes contemplaban, ¿miedosos y/o condescendientes?, el genocidio de sus vecinos. En definitiva, cómo se manifestaba el antisemitismo redentor.

LEAH BONNÍN



“Reflexiones sobre la Revolución en Europa”

CHRISTOPHER CALDWELL

Reflections on the Revolution in Europe. Allen Lane-Penguin books, Londres, 2009. 363 páginas

Este libro de Christopher Caldwell no va a dejar indiferente a nadie. *Reflections on the Revolution in Europe* traza un exhaustivo estado de la cuestión sobre la realidad de la inmigración en nuestro continente, describiendo en concreto cuál es el efecto que una parte de ésta, la inmigración musulmana, está teniendo sobre la sociedad y la cultura europeas. Caldwell, columnista del *Financial Times* y editor de *The Weekly Standard*, reflexiona a partir de un buen número de datos sobre la capacidad transformadora de nuestras socie-

dades que tiene la inmigración llegada a Europa desde la II Guerra Mundial. Plantea el problema demográfico del continente como una de las causas de la recepción masiva de emigrantes provenientes de las fronteras sur y este de Europa y de las antiguas colonias. Su tesis es que la inmigración no está potenciando la cultura europea, sino que la está suplantando. A la pregunta de si Europa puede ser la misma con gente diferente en ella, el autor deja claro que su respuesta es no. Con apoyo en estadísticas, Caldwell muestra que

la ciudadanía no es favorable a la inmigración, y afirma que la gente de ningún país europeo quiere vivir en un “bazar de culturas” sin haberlo elegido realmente.

Lo que más preocupa al autor, residente en Washington pero buen conocedor de la realidad europea, es el efecto que tendrá la inmigración proveniente de países islámicos, algo sobre lo que lleva escribiendo más de diez años. Ve grandes dificultades para que la cultura europea y la islámica convivan, ya que la primera se forjó a partir del cristianismo y ha avanzado hacia el secularismo, primando valores de individualidad y respeto por los derechos humanos, y el Islam tiene una concepción dogmática que se extiende a todos los ámbitos de la vida.

En las primeras páginas se habla de Europa y de cómo y por qué la inmigración y la sociedad multiétnica que resultan de ella marcan una ruptura en la historia del continente. El núcleo de este libro es una advertencia sobre la capacidad de Europa para asimilar inmigrantes y, más concretamente, de las dificultades que plantea el Islam. Caldwell presenta un estilo reflexivo pero no políticamente correcto. Sus aseveraciones vienen bien documentadas y no rehúyen la crítica. Él mismo dice querer evitar el alarmismo y la provocación inútil, pero no quiere que ello le lleve a caer en los eufemismos y el “servilismo preventivo” que, en su opinión, caracteriza muchos de los escritos sobre temas étnicos y, en concreto, sobre el Islam.

En el libro se apunta a la multiculturalidad como problema generado por la inmigración no europea, dependiendo la paz social de cómo se asimile. En este sentido, el autor plantea la diferencia que hay con los Estados Unidos, ya que allí la inmigración latinoamericana, que es la principal, no conlleva problemas de reforma cultural, como sí ocurre con el Islam en Europa. Caldwell cree que los

Europeos tienen cada vez más miedo a expresar su oposición a la inmigración, a pesar de haber altos índices no favorables a ella (tanto los franceses como los ingleses que creen que su país tiene demasiada rondan el 70%, y sólo un 19% de los europeos piensa que ha sido buena para su país). Esta preocupación de los europeos “podría venir de la sensación de que antiguos conflictos se reactivan y que la nostalgia por las identidades del clan se está alimentando rápidamente”.

La primera parte de la obra está dedicada a la inmigración y a sus efectos masivos. En casi todos los países de Europa occidental hay más de un 10% de inmigrantes. En España, entre 2000 y 2005, el crecimiento de la población nacida en el extranjero fue del 21,6% al año (Caldwell advierte de que este dato tan elevado no es un error tipográfico). La baja natalidad de los europeos está en la raíz del problema, con tasas de fertilidad en varios países por debajo de las que garantizan el reemplazo generacional. En España es de 1,4 hijos por mujer, con riesgo de disminución en la población. Una sociedad europea envejecida y con merma demográfica sólo puede mantener su tamaño y dinamismo importando ciudadanos no europeos. Los inmigrantes musulmanes duplican estas tasas de fertilidad. Hay quienes creen que al asimilarse a la cultura europea su natalidad disminuirá, pero Caldwell no está tan seguro, ya que en el Islam hay numerosas llamadas a la procreación.

No hay precedente histórico de la inmigración masiva que ha sufrido Europa en los últimos cincuenta años, con lo que es difícil saber cómo acabará esto, ya que las diferencias culturales que crea este fenómeno son profundas. Los europeos sobreestimaron sus necesidades de mano de obra, y los beneficios económicos que trajo la inmigración fueron marginales, temporales y quedan en el pasado. Pero los cambios sociales que conlleva son enormes y duraderos, y suponen alterar lo que Europa es.

La crítica a lo políticamente correcto y a la neutralidad ante el Islam está presente en esta obra. El autor considera que esas actitudes provienen de la Europa de la posguerra, en la que se decretó la “intolerancia de la intolerancia”. Así, se abordó la inmigración con escrupulosa neutralidad, puesto que no parecía socialmente apropiado obligar a los inmigrantes a asimilarse a las culturas que les recibían. Para Caldwell, esto fue un error, y no duda en criticar la corrección política que lleva a renunciar a valores europeos para no molestar a los llegados de fuera. Critica también la ideología del “inmigracionismo”, término acuñado por el filósofo Pierre-André Tanguieff, que considera que la inmigración es inevitable y buena, unos postulados que parecen haberse extendido en la sociedad y que de hecho prohíben el debate sobre si es buena o mala.

Una de las ideas importantes que Caldwell pone en juego es la decadencia de la cultura europea, y se plantea la siguiente pregunta: “¿Cómo van los inmigrantes a adoptar una cultura que incluso los propios europeos sienten como decadente?”. Para muchos inmigrantes hay una fuente de valores que se aparece ante ellos como más legítima, coherente y viva que las desacreditadas culturas nacionales europeas: el Islam. A esta religión se dedica la segunda parte de la obra, con preocupación por su dogmatismo. Caldwell cita a Ernest Renan, que considera que el Islam sólo permitió la filosofía y cierta libertad cuando era débil, tornándose violento y destructivo en cuanto logró organizarse y armarse. El Islam ha venido a Europa para quedarse, pero eso no se debe a una aceptación de nuestros valores, sino que está motivado por el nivel de vida en el continente. Siendo esto comprensible, es igualmente comprensible que las consecuencias de la inmigración musulmana no serán sólo económicas, sino también sociales.

La obra trasluce preocupación por los cambios en la sociedad debidos a la inmigra-

ción. En Francia se está produciendo un proceso de sustitución en su población, ya que en algunos suburbios como Seine-Saint Denis, donde se produjeron graves disturbios y quema de miles de coches en 2005, la tasa de fertilidad de los inmigrantes musulmanes de origen africano crece al 250%, mientras que la de los nativos franceses cae más del 40%. El autor critica que se haya permitido que en algunas zonas de las ciudades europeas con fuerte inmigración no se imponga la ley y no se atreva a entrar la Policía, porque eso permite a algunos líderes religiosos locales considerarlo territorio islámico y aplicar sus normas y costumbres, que en ocasiones contravienen frontalmente las leyes del país.

La lealtad de los inmigrantes con el Estado de acogida no es la única ni la más fuerte. Caldwell advierte de que los musulmanes mantienen un fuerte y estrecho vínculo con la comunidad islámica, que sienten como una fraternidad universal. El autor recuerda que Mohammed Sidique Khan, la mente que urdió el atentado del 7-J en Reino Unido, estaba perfectamente integrado en su comunidad británica, y aún así decidió apostar antes por su concepción de la religión que por el país que le acogió. Se aprecia un crecimiento dentro de Europa de una “Nación Islámica” transnacional, alimentada por un importante resurgimiento del Islam, en contraposición a la crisis europea de fe.

La crisis de las viñetas caricaturizando a Mahoma que aparecieron en el diario danés *Jyllands-Posten* es una muestra del dogmatismo e intransigencia del Islam. Así lo entiende el autor, que denuncia que los imanes daneses enviaran emisarios al mundo árabe para atizar las protestas y la ira, algo que llevó al asalto de la embajada danesa en Yakarta y a que el diario sufriera dos amenazas de bomba. La tendencia a la autocensura que se ha impuesto desde entonces es vista por Caldwell como una merma en la libertad de

expresión, ocasionando que el precio de gestionar la entrada del Islam en nuestra sociedad se pague en pérdida de derechos.

El autor considera muy grave la aplicación de la *Sharia* de forma privada en muchos guetos y comunidades islámicas cerradas en Europa. Con la ley islámica, están llegando al continente la poligamia, la discriminación hacia la mujer e incluso su mutilación genital, además de los crímenes de honor. Caldwell se muestra completamente contrario a que los Estados europeos acepten la *Sharia* para los musulmanes. En aras de un pretendido multiculturalismo no puede haber una regresión en los derechos ni una legislación diferenciada. Pone como ejemplo la prohibición del velo islámico en Francia motivada por su principio de laicidad. Al principio hubo protestas, pero al cabo de un año la cifra de escolares con velo era sólo testimonial.

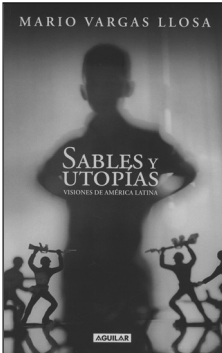
La tercera y última parte del libro está dedicada a Occidente, donde Caldwell ve un riesgo de que el voto de los ciudadanos musulmanes modele las sociedades en un futuro. El autor sólo alberga una pequeña esperanza en aquellos ciudadanos y líderes islámicos “moderados”, esos que no tienen una actitud radical en política. Pero los hechos muestran que la voz cantante la llevan los extremistas. Y los atentados terroristas en Reino Unido y España así lo confirman. La compatibilidad entre el Islam y las instituciones liberales europeas es difícil, y su moderación es más una esperanza que una realidad.

La inmigración, algo sobre lo que los ciudadanos europeos no han decidido, es un gran

factor de cambio social, que además dificulta la seguridad frente al terrorismo. En opinión de Caldwell, los líderes europeos han elegido creer que la inmigración y las políticas de asilo están dentro de las obligaciones morales no negociables sobre las que no se vota. El autor no ahorra críticas para los procesos de regularización ocurridos en España, a los que responsabiliza de alentar aún más la venida de inmigrantes.

Christopher Caldwell concluye aportando una visión de la integración desde la óptica americana. En su opinión, el éxito en los Estados Unidos está en que la inmigración islámica es minoritaria y dispersa, y en que la sociedad misma presiona al recién llegado a integrarse. Hay una toma de partido por la idea de que en una sociedad hay reglas y si el recién llegado quiere pertenecer a ella, debe aceptarlas, siendo inaceptable que haya ciudadanos europeos que, ante la masiva inmigración, se sientan en un “exilio en el interior”. El autor no apunta soluciones concretas ante este conflicto, de modo que su motivación parece ser despertar las conciencias de los europeos que aún no se han dado cuenta de que la inmigración no será algo temporal y reversible. Europa tiene difícil competir con el Islam por la lealtad de los recién llegados. Caldwell opina que al confrontarse una cultura insegura, maleable y relativista como la europea con otra afianzada y fortalecida por doctrinas comunes como el Islam, es la primera la que cambiará para encajar en la segunda. Confiamos en que esto no ocurra y Europa, ante este reto, sea capaz de mantener sus valores y su identidad.

ÁLVARO DE LA TORRE



Sables y utopías. Visiones de América Latina

MARIO VARGAS LLOSA

Editorial Aguilar Madrid, 2009, 479 págs.

“Yo soy un ambicioso y a mí me gustaría que la justicia social –justicia social que existe en Cuba hoy día, que habría que ser ciego o perverso para no ver después de echar una simple ojeada a las ciudades o al campo cubano– conservara la libertad de prensa y admitiera la oposición política organizada, derechos que pueden ser de origen burgués, pero que irremediablemente constituyen las mejores armas con que cuenta un pueblo para fiscalizar a sus gobernantes e impedir los abusos de poder”. Estas más que tibias críticas al régimen cubano las escribía Mario Vargas Llosa en 1967, recordando un encuentro con Fidel Castro. La Revolución cubana era, en ese momento, algo con puntos positivos para el liberal peruano: “¿Cuántos dirigentes –de países socialistas o capitalistas– son suficientemente permeables a la crítica como para admitir y rectificar públicamente el error, tal cual lo ha hecho Fidel en varias ocasiones?”.

Pero poco duró el idilio con el dictador y su revolución. Cuatro años más tarde, tras la “Autocrítica” de Heberto Padilla, Vargas Llosa encabezó un escrito dirigido a Castro: “Con la misma vehemencia con que hemos defendido desde el primer día la Revolución cubana, que nos parecía ejemplar en su respeto al ser humano y en su lucha por su liberación, lo exhortamos a evitar a Cuba el oscurantismo dogmático, la xenofobia cultural y el sistema represivo que impuso el estalinismo en los países socialistas, y del que fueron manifestaciones flagrantes sucesos similares a los que están ocurriendo en Cuba”. Así pues, después de unas críticas a la falta de libertad como si ésta fuera algo secundario, pasó a criticar más abiertamente el régimen castrista; posteriormente, Vargas Llosa no hará distinciones entre los atropellos a la libertad cometidos por regímenes de toda naturaleza. Las medidas tomadas por cualquier gobierno autoritario, por positivas que puedan aparecer en un primer momento, o aisladas del resto de las políticas, no pueden crear desarrollo ni prosperidad.

Defensor de la inseparabilidad de la libertad política y la libertad económica, defiende en los artículos recogidos en este libro sus diferentes visiones de América Latina a lo largo del tiempo y del continente. La serie de artículos, de entre 1966 y 2005, está articulada en cinco partes: “Defensa de la democracia y del liberalismo”, “La peste del autoritarismo”, “Auge y declive de las revoluciones”, “Obstáculos al desarrollo: populismo, indigenismo, corrupción” y “Los beneficios de la irrealidad: arte y literatura latinoamericana”.

Cuando analiza la situación de la libertad (y de la falta de ésta) en América Latina, llama

la atención ver cómo algunos países han cambiado más de una vez su rumbo desde 1966 hasta 2005. Sólo Cuba permanece, sólo la dictadura cubana es una presencia constante en el eje dictatorial; en este caso lo que cambia es la visión del autor, de la ilusión y la admiración hacia Fidel Castro al comienzo de la Revolución hasta el desprecio que le merecen todos los tiranos (sin excepción). La crítica a los dictadores de cualquier ideología y a las utopías es recurrente en los artículos.

“El primer deber del intelectual: ser libre”. Considera América Latina “la prolongación ultramarina de Occidente” y, por tanto, defiende para la región los mismos avances democráticos de los que goza Occidente. Critica la búsqueda del placer revolucionario y del exotismo en algunos intelectuales (sobre todo europeos) y rechaza esta actitud, pues condena América Latina al subdesarrollo. Para él, los intelectuales deben tener un papel activo en la política, pero sin la ceguera que a veces muestran hacia determinados fenómenos o actitudes: “El intelectual como factor de subdesarrollo político. Hay una extraordinaria paradoja en que la misma persona que, en la poesía o la novela, ha mostrado audacia y libertad, aptitud para romper con la tradición, las convenciones, y renovar raigalmente las formas, los mitos y el lenguaje, sea capaz de un desconcertante conformismo en el dominio ideológico, en el que, con prudencia, timidez, docilidad, no vacila en hacer suyos y respaldar con su prestigio los dogmas más dudosos e, incluso, las meras consignas de la propaganda”.

La capacidad de los creadores de América Latina para salir del subdesarrollo, cómo el arte ha sido una manera de mostrar las capacidades y potenciales de la región, es presentada por Vargas Llosa como contrapunto a aquellos argumentos que propugnan que los problemas de América Latina son coyunturales.

Explica cómo el liberalismo hoy no tiene que luchar contra las teorías de grandes pensadores, sino contra la caricatura y el estereotipo, los liberales deben luchar contra el absolutismo ideológico. En su defensa de la libertad y del liberalismo, expone su visión de lo que para él no es una dogmática, sino una doctrina que admite gran variedad de tendencias y matices articulados en torno a la defensa de la libertad política y la libertad económica, inseparables para él. “Democracia política y mercados libres son dos fundamentos capitales de una postura liberal. Pero, formuladas así, estas dos expresiones tienen algo de abstracto y algebraico, que las deshumaniza y aleja de la experiencia de las gentes comunes y corrientes. El liberalismo es más, mucho más que eso. Básicamente es tolerancia y respeto a los demás, y, principalmente, a quien piensa distinto de nosotros, practica otras costumbres y adora otro dios o es un incrédulo”.

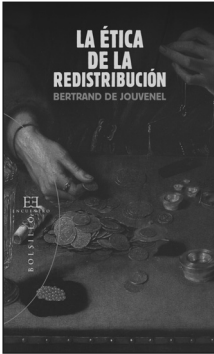
Su insistencia en el papel que los intelectuales deben desempeñar en la política (no debemos olvidar que él mismo es un intelectual, liberal, que en un momento dado entró en la política activa como candidato a la presidencia de Perú), en estos momentos puede parecer casi contraproducente, pero hay que tener en cuenta que últimamente, y no sólo en España, es el mundo de la farándula y no los intelectuales en sentido estricto quien tiene una participación más activa en los temas políticos (o tiene una participación con mayor repercusión). En algunas ocasiones, como él achaca a los intelectuales, hay personas conocidas que tienen una visión un tanto ciega en ciertos casos (Cuba es un ejemplo reciente de esta “moral tuerta”).

En este libro podemos encontrar tanto el Vargas Llosa que observa y analiza la realidad y la actualidad desde una perspectiva liberal como el Vargas Llosa literato. Julio Cortázar, Jorge Luis Borges o Gabriel García Márquez son algunos de los autores que muestran “los

beneficios de la irrealidad”, el último apartado del libro. Los diferentes enfoques, e incluso los cambios de opinión, reflejan, en cierto modo, el carácter abierto del liberalismo y

contribuyen al que puede ser objetivo fundamental del libro: la defensa del liberalismo.

CARMEN IGLESIAS CAUNEDO



La ética de la redistribución

BERTRAND DE JOUVENEL

Estudio preliminar, traducción y notas de Armando Zero lo Durán

Madrid, ediciones Encuentro, 2009. 147 páginas

La sociedad moderna corre el peligro de pasar de ser conducida por un pensamiento único a serlo por una ausencia casi total de cualquier pensamiento, por ello, la publicación de cualquier libro de Bertrand de Jouvenel (1903-1987), es necesaria para insuflar vida en la débil ilusión de cambiar las cosas, de aportar nuevas ideas o de sembrar imprescindibles debates. ¿Es ética la redistribución de la renta? ¿Se hace justicia igualando el nivel de renta de los ciudadanos? En nuestros tiempos, parece que es obvia la respuesta y que no podría ser otra que un rotundo sí, pero si se añade que la redistribución la lleva a cabo el Estado, ya no parece tan clara la contestación, puesto que no es un agente imparcial y decide premiar o castigar, en no pocas ocasiones, en función de sus propios intereses.

Por descontado que estamos ante un pensador de primer orden, y resulta esperanzador que se vayan traduciendo al español todas sus obras, pues permite replantear principios que han sido establecidos por el Poder como si de dogmas de fe se trataran y que, como

tales, se nos obliga a asumir sin cuestionarlos, en esa especie de religión en la que se ha convertido la democracia contemporánea.

La ética de la redistribución es fruto de una serie de conferencias que el autor francés dio, en Cambridge, en el año 1951. Esto implica que las ideas tratadas en el texto no han perdido un ápice de actualidad, al ser un período de tiempo que, como el nuestro, tiene en el incremento espectacular del gasto público del Estado una de sus características primordiales. Esta edición en español cuenta con el aliciente de incorporar, además, un brillante y conciso estudio preliminar en el que el profesor Zero lo Durán, gran conocedor del pensamiento de Jouvenel, sintetiza a la perfección sus ideas fundamentales. La estructura de la obra es muy sencilla, estando cimentada sólidamente sobre dos pilares: el ideal socialista y el gasto público estatal.

Jouvenel no ahorra críticas al ideal socialista analizándolo desde sus más antiguos orígenes, ya que para estudiar con mayor rigor este tema, como cualquier otro de calado político,

hay que profundizar en sus raíces. Así, el autor francés denuncia las contradicciones en que incurre esta ideología, proviniendo la primera de ellas del desprecio absoluto por la propiedad privada, como cien años antes ya denunció otro gran pensador francés, Alexis de Tocqueville, y que, en opinión de los socialistas, supone perpetuar la desigualdad de los individuos y las continuas tensiones que provoca tal situación. Lo sorprendente entonces es que “la destrucción de la propiedad privada ni ha acabado con los antagonismos ni ha hecho crecer ese espíritu de solidaridad entre los hombres que pudiese librarles del poder policial” (pág. 54). La segunda contradicción vendría provocada por las comunidades que pretendía formar el socialismo que coincidirían con las comunidades monásticas, pero mientras estas adoraban a Dios, aquellas adorarían la riqueza. En tal caso, ¿cómo se puede explicar que un aumento de la riqueza sea bueno para la sociedad y malo para los individuos?

Para Jouvenel, no hay ninguna duda en que una sociedad debe ayudar a sus miembros más necesitados, pero, en cambio, es discutible que la mejor forma de hacerlo sea utilizando las políticas redistributivas. ¿Dónde está la frontera que separa un nivel de vida alto de uno bajo? En el Estado del bienestar, sin duda, la clase media es la encargada de definir esa línea, y precisamente por eso, se trata de una proyección subjetiva de sus gustos en los niveles de consumo que estima apropiados. Aunque la clase media diseña las políticas, es el Estado el que se encarga de ejecutarlas, provocando insatisfacción en los que son despojados de su renta, pero causando, por otro lado, una mayor satisfacción al distribuir lo recaudado entre mucha más gente.

El pensador francés proyecta una sombra sobre el futuro que, como poco, resulta inquietante: “Mientras que hoy en día parecería

excesivo igualar las rentas, sabiendo que tenemos distintas necesidades, parece plausible en el caso de hombres cuya personalidad podemos imaginar que será cada vez más parecida por la simple razón de que no tendrán personalidad” (pág. 84). Además de las consecuencias políticas y sociales de tal afirmación, están las consecuencias económicas: la demanda de los bienes y servicios se ve modificada, aumentando la de algunos y cayendo, incluso desapareciendo, la de otros. Y en ese sentido, peligra la existencia de la creación intelectual y las actividades artísticas. El Estado, entonces, para evitar la desaparición de estos bienes imprescindibles para el progreso de cualquier sociedad, interviene eligiendo qué actividades financia, de lo que podemos inferir dos conclusiones nefastas: la intervención del Estado, como destaca Jouvenel, desvirtúa los principios redistribucionistas, puesto que apoya actividades culturales desechadas por los ciudadanos, y, por otro lado, sólo apuntada por el autor francés, la inversión del Estado en este tipo de actividades supone un gran poder y una gran responsabilidad, que si lo analizamos en la sociedad española actual por ejemplo, no parece que haya mejorado a sus ciudadanos, que no dan ningún crédito a la creación artística subvencionada.

El gasto público estatal ha aumentado indudablemente y, lo que es más preocupante, lo sigue haciendo, con crisis económica o sin ella. En consecuencia, una manera de equilibrar el presupuesto es aumentar los impuestos, pero Jouvenel avisa: “una imposición pesada y muy progresiva tiene un efecto regresivo sobre la empresa” (pág. 99). Por un lado, se desanima al ciudadano a emprender, desincentivando la creación de empresas, que son las generadoras de la renta y la riqueza en cualquier Estado. Por otro lado, si la clase media quiere mantener su nivel de bienestar, se ve obligada a acometer un esfuerzo económico mucho mayor. Es novedosa la confrontación que hace el autor francés de la

empresa y la familia, destacando el trato más favorable (no sólo fiscalmente) que recibe la empresa frente a la familia, siendo ambos agentes procuradores de bienes necesarios para cualquier sociedad. ¿Por qué se favorece a uno en lugar de al otro? Siendo un debate teórico sumamente atractivo, carece de interés en la actualidad, ya que el concepto representativo de familia ha dejado de existir, igual que el resto de lazos sociales tradicionales, en aras de dejar inerte al individuo frente al todopoderoso Estado moderno.

Jouvenel, en su vertiente más políticamente incorrecta, aborda el tema de la tolerancia de la desigualdad de la renta por parte de los ciudadanos, a los que, en su opinión, no les importa sacrificar su renta para crear o mantener unas élites que hagan prosperar su país. Tampoco en esto ha tenido éxito y las élites han sido sustituidas por los funcionarios, administradores del Estado, “que tienden a constituirse en una nueva clase dirigente por oposición a la que ha sido destruida” (pág. 129). De hecho, el autor francés vislumbra una tendencia a la inmunidad fiscal de esta

nueva clase dirigente frente a los ciudadanos más excelentes, de más valía y talento. Hoy, lamentablemente, ya no se puede hablar de una tendencia sino de una realidad.

Por último, el pensador francés critica la idea de la gratuidad de los servicios públicos en las sociedades modernas, pues además de constatar la profesionalización de todo tipo de servicios en el sector privado, incluso los que se prestaban sin ánimo de lucro, que se llevan a cabo a cambio de una compensación económica, puntualiza que los servicios públicos se financian a través de los impuestos, por lo que no son gratuitos ni tan siquiera baratos. En esa línea, y como conclusión del libro, Jouvenel determina que el principal beneficiario de las políticas redistribucionistas “no es la clase con una renta más baja frente a la clase de renta superior, sino el Estado frente al ciudadano” (pág. 125). Por tanto, la redistribución de la renta sería un medio que utiliza el Estado para conseguir su principal fin: el Poder.

DAVID CARRIÓN MORILLO